

comprendido que estos musulmanes no son de origen puramente árabe, sino que están mezclados de sangre china; y siguiendo al autor que acabo de citar, vienen á componer una raza especial, resultado del cruzamiento de tres sangres, la árabe, la turca y la china. Según su parecer, «el primer núcleo de mahometanos de Occidente implantado en China, se compuso de un contingente de cuatro mil soldados árabes que el califa Abu-Giafar envió en el año 775 en socorro del emperador Su-Tsong, amenazado por el rebelde An-Lo-Chan. En recompensa de sus servicios, el emperador les permitió establecerse en las principales ciudades del imperio; y esos soldados, que se casaron con mujeres chinas, deben ser considerados como el origen de los musulmanes chinos.»

Después de citar la opinión de Anderson, que dice que su honradez es superior á todo encomio, de lo cual da curiosas pruebas, el autor añade lo siguiente, sugerido por sus propias observaciones:

«Generalmente están dotados de un gran sentimiento de rectitud y honradez; de modo que los que ocupan cargos públicos son queridos y estimados de las poblaciones, y los que se dedican á negociar disfrutan de excelente reputación. Todos son caritativos por principio religioso, y parecen no formar más que una sola familia, cuyos miembros se protegen y sostienen mutuamente.

»Lo que sobre todo demuestra su superioridad es que á pesar de su defecto original, á favor de las bien meditadas concesiones que han sabido hacer á las exigencias de su país adoptivo, como también á favor del lazo de confraternidad religiosa que les une á todos entre sí, han llegado á crecer y desarrollarse,

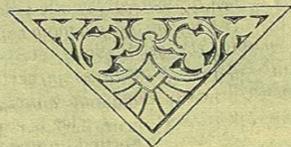
mientras que las demás religiones extranjeras que han tratado de establecerse en China, no han hecho más que pasar ó vegetar.»

La gran tolerancia de los musulmanes chinos, su espíritu liberal, su cuidado en no faltar, como los misioneros de otros cultos, á los usos, leyes y creencias del país donde recibían la hospitalidad, han hecho que disfrutasen exactamente de los mismos privilegios que los demás chinos, pudiendo ser mandarines, ocupar empleos en el ejército, y hasta tenerlos en la corte del emperador.

Me he visto obligado á ahincar en este capítulo respecto á puntos bien descuidados hasta ahora por los historiadores, á pesar de ser dignos de meditación preferente; pues sólo su lectura puede esclarecer la sucesión de los acontecimientos históricos. Entre los diversos factores que contribuyen á determinar la evolución de un pueblo, la capacidad moral é intelectual figurará siempre entre los más poderosos.

Ese conjunto de sentimientos inconscientes que se llama carácter, y que son los verdaderos móviles de la conducta, el hombre los posee cuando viene al mundo; pues como están compuestos de la sucesión de los antepasados que lo han precedido, influyen en él con un peso del cual nada sería capaz de librarlo, y desde el seno de su polvo todo un pueblo de muertos le dicta imperiosamente su conducta.

En los tiempos pasados se han elaborado los motivos de nuestras acciones, y en los tiempos presentes se preparan las de las generaciones que nos sucederán; esclavo del pasado, el presente es señor del porvenir; por lo cual el estado del uno será siempre indispensable para el conocimiento del otro.



CAPITULO III

LOS ARABES ANTES DE MAHOMA

I

PRETENDIDA BARBARIE DE LOS ÁRABES ANTES DE MAHOMA

Se admite generalmente que los Arabes antes de Mahoma han carecido de historia, y que compuestos de tribus errantes, sin tradiciones ni morada, habían llevado durante siglos una vida semi-salvaje, de la cual no quedó ningún recuerdo en la memoria de los hombres.

Tal opinión es seguida hoy mismo todavía por hombres muy distinguidos; de lo cual hallo la prueba en el pasaje siguiente del ilustre autor de la historia de las lenguas semíticas: «Hasta ese movimiento extraordinario que nos muestra á la raza árabe inesperadamente conquistadora y creadora, la Arabia no ocupa lugar alguno en la historia política, intelectual y religiosa del mundo; pues no sólo no es muy antigua, sino que es tan joven en los anales de los pueblos, que el siglo sexto es su edad heroica, correspondiendo los primeros siglos de nuestra Era á las tinieblas ante-históricas de la raza árabe.»

Aunque nada supiésemos del pasado de los Arabes, podríamos de antemano asegurar que la opinión precedente es errónea, pues sucede con la civilización de un pueblo lo que con su lengua, las cuales aunque ambas aparezcan bruscamente en la historia, no han podido menos de tener fundamentos, cuya elaboración debió hacerse necesariamente con mucha lentitud. La evolución de los individuos, de los pueblos y creencias es siempre gradual. No cabe llegar á una forma superior sino cuando se ha pasado sucesivamente por toda la serie de las formas intermedias.

Cuando un pueblo aparece en la historia con una civilización adelantada, se puede afirmar con certeza que esta civilización es producto de un largo pasado; y aunque frecuentemente no

conozcamos este pasado, no cabe dudar de que existe, y las investigaciones de la ciencia llegan siempre á descubrirle de un modo evidente.

Lo mismo sucede con la civilización de los Arabes antes de Mahoma. Decir exactamente hoy lo que fué, sería difícil; pero los documentos que poseemos bastan para demostrar que ha existido, y que no fué inferior quizás á las antiguas civilizaciones de Babilonia y de Asiria, que después de no conocerlas durante tanto tiempo, hoy la arqueología moderna reconstituye.

Las ideas corrientes acerca de los Arabes antes de Mahoma no sólo proceden del silencio que la historia ha casi guardado sobre ellos, sino también de la confusión que generalmente se hace entre los árabes nómadas, habitantes del desierto, y los árabes civilizados que habitaban las ciudades; debiendo recordarse que los nómadas, tanto antes como después de Mahoma, han sido unas poblaciones semi-salvajes que han carecido, al igual que todos los salvajes, de civilización y de historia.

Ahora bien; estos árabes nómadas no eran más que una de las dos ramas de la raza árabe, pues al lado de ellos había los árabes sedentarios, que cultivaban la agricultura, y vivían en las ciudades, y de los cuales se puede demostrar fácilmente que en la antigüedad tuvieron una civilización, de la cual cabe presentir la importancia, aunque se ignoren los detalles.

La historia no se ha mostrado tan callada respecto á la antigua cultura de los Arabes como lo ha sido con respecto á otras civilizaciones que la ciencia moderna ve con sorpresa resucitar del polvo; pero aunque hubiese guardado completo silencio, podríamos asegurar que la civilización árabe fué muy anterior á Mahoma. Bastaríanos recordar que en tiempo del Profeta los árabes poseían ya una literatura y una lengua desarrolladísimas; que estaban des-

de 2,000 años antes en relaciones comerciales con los pueblos más civilizados del mundo, y que después llegaron en menos de cien años á crear una de las civilizaciones más brillantes de que los siglos han conservado memoria.

Ahora bien, no se improvisan una lengua y una literatura; de modo que su sola existencia es prueba de un largo pasado. Las relaciones seculares con las naciones más civilizadas llegan siempre á conducir á la civilización á los pueblos que son capaces de ella; y los Arabes han suficientemente demostrado que se hallaban en este caso. Finalmente para llegar á crear en menos de un siglo un vasto imperio y una civilización nueva, eran necesarias aptitudes, que son siempre fruto de lentas acumulaciones hereditarias, y por consiguiente de una larga cultura anterior. Con pieles-rojas ó con australianos no hubieran podido los sucesores de Mahoma formar esas ciudades brillantes que durante dos siglos fueron los únicos focos de las ciencias, de las letras y artes, lo mismo en Asia que en Europa. Muchos otros pueblos han derribado imperios, como los Arabes, sin que ninguno pudiese formar una civilización; tardando mucho, por falta de cultura anterior, en aprovecharse de la civilización de los pueblos que habían vencido. Muchos siglos de esfuerzo han necesitado los bárbaros que se apoderaron del imperio romano para crear una civilización con los restos de la latina, y salir de las tinieblas de la Edad media.

Primero que tratemos de discernir, con los escasos documentos que poseemos, lo que fué la civilización de los Arabes antes de Mahoma, vamos á resumir brevemente lo que sabemos de su historia.

II

HISTORIA DE LOS ÁRABES ANTES DE MAHOMA

Han tenido los Arabes, como todos los pueblos, un período prehistórico. El estudio de los restos de armas, de instrumentos y viviendas que dejaron en las capas geológicas del globo nuestros primitivos antepasados, demuestra que muchos siglos antes de la corta duración de los sucesos de que la historia se ocupa, y durante un período que no cabe calcular sino por millones de años, el hombre ignoró los metales, la agricultura, el arte de domesticar á los animales y no tuvo sino fragmentos de sílice por toda arma. Háse dado á este primitivo período el nombre de «Edad de la piedra pulida,» y doquiera

que la arqueología prehistórica ha dirigido sus investigaciones, lo mismo en Arabia que en Europa y América, ha hallado rastros de esa lejana época.

Los restos envueltos en las capas geológicas del suelo demuestran que esa Edad de la piedra tiene la misma analogía en todos los pueblos; y con tales elementos fácil ha sido reconstituir las condiciones de existencia y hasta el estado intelectual de nuestros más antiguos antepasados. Como ya hemos hecho este trabajo en nuestra obra anterior, es inútil ocuparnos más de él.

Las más antiguas tradiciones de los Arabes no remontan más allá de Abraham; pero la lingüística nos prueba que en época mucho más lejana todas las vastas regiones comprendidas entre el Cáucaso y el Sud de Arabia eran habitadas, si no por la misma raza, al menos por pueblos que hablaban la misma lengua. El estudio de las lenguas llamadas semíticas demuestra, en efecto, que el hebreo, el árabe, el fenicio, el siríaco, el asirio y caldeo tienen un estrecho parentesco, y por consiguiente un origen común.

Ignoramos cuáles fueron las influencias de centros y de condiciones de existencia que determinaron la diferenciación de los pueblos que habían salido de la raza primitiva que acabamos de citar, y por lo tanto sólo podemos hablar de su parentesco con los Arabes, única gente de que ahora vamos á ocuparnos.

Las fuentes de la historia de los Arabes antes de Mahoma son los libros de los Hebreos, las tradiciones de los Arabes, los escasos documentos que nos dejaron algunos historiadores griegos y latinos, y un corto número de inscripciones, como las asirias ó las descubiertas en el Safa, cerca de Damasco.

Los libros de los Hebreos reconocen el parentesco de éstos con los Arabes, considerando á éstos como un pueblo más antiguo que ellos mismos.

Sus luchas intestinas duraron muchísimo, de modo que la Biblia habla frecuentemente de los Amalecitas y Madianitas de la península del Sinaí, y de los Sabeos de la Arabia meridional.

Siguiendo las tradiciones de los Arabes, tomadas evidentemente de las fuentes judaicas, Kachtán, ó Jectán, de la raza de Sem, é Ismael, hijo de Abraham y de su criada egipcia Agar, habían sido los padres de dos razas que primitivamente poblaron la península, los sedentarios al mediodía y los nómadas al norte; y una vez establecidos en el Yemen, los hijos de

Jectán fundaron la dinastía sabea y la dinastía hemiarica; mientras que los hijos de Ismael se asentaron en los confines de la Palestina, en el Hedjaz, donde fueron los primeros señores del territorio de la Meca, la que disputó largo tiempo á Saná, ciudad principal del Yemen, el título de capital de la Arabia.

Los Nabateos, los Idumeos, los Moabitas, los Amalecitas, los Ammonitas y Madianitas, tribus numerosas, cuyos nombres cita frecuentemente la Biblia, no eran más que descendientes de Ismael; en términos que probablemente fueron Amalecitas los que asociados con unos nómadas sirios invadieron el Egipto



Mujeres beduinas del desierto de Siria. — De fotografía

unos 2,000 años antes de J. C., y con el nombre de reyes Pastores, sostuvieron allí su dominio durante muchos siglos.

Los Amalecitas, los Idumeos, los Moabitas y Ammonitas acabaron por concentrarse en la Arabia pétrea y la Arabia desierta; y viviendo en continua guerra con los Hebreos, se opusieron durante largo tiempo á su entrada en la tierra de Canaán. Sólo David y Salomón llegaron á someterlos, bien que por muy poco tiempo.

Las inscripciones asirias nos hablan con frecuencia de los Arabes, pero tan sólo de los del Norte, ó sea de los de Siria y de las regiones vecinas. Los Arabes vienen ya mencionados en un texto de Salmanasar II, nueve siglos anterior á J. C.; y unos ocho siglos antes de este mismo, Teglatphanassar II recibió homenaje

de dos reinas árabes. Hassar Haddón pone en un trono á una princesa árabe educada en la corte de Nínive; y en tiempo de Assurbanipal, la rebelión de un hermano del rey encontró apoyo en ejércitos árabes.

Los cronistas árabes son los únicos que hablan con algunos detalles de las regiones más meridionales de la Arabia; y aunque sus relaciones están llenas de tal oscuridad y exageración, que difícilmente permiten apoyarse en ellas, pueden servir para confirmar lo que los griegos y latinos nos dicen del poder del Yemen. Según los autores árabes, esta región era asiento del más poderoso imperio, habiendo gobernado sus reyes durante 3,000 años, y enviado expediciones á China, India y Africa, incluso las regiones que hoy constituyen Marruecos.